

CILAC 2016
Miércoles 7 de setiembre

Segunda Mesa de Ministros y Altas Autoridades: Educación, Ciencia y Ciudadanía.

Exposición de la ministra María Julia Muñoz

Entiendo que instancias como esta son sumamente pertinentes, en un tiempo en el cual muchísimas cosas suceden a un ritmo imposible de acompañar desde la reflexión.

Pensando en términos globales, si reparamos en el escándalo de la robotización, el big data, las finanzas y las tecnologías inteligentes, la genómica, el Internet de las cosas, la inteligencia artificial, por nombrar solo algunos ejemplos, advertiremos cuánto ha cambiado el mundo y el país en poquísimos años.

Sostiene Joao Saint-Aubyn, “a lo largo de la historia ha habido muchos momentos disruptivos por los avances técnicos. La diferencia del momento actual es la velocidad a la que se suceden los cambios, una velocidad jamás vista”.

El paradigma actual no es el primero, por supuesto. Bien señala la Profesora venezolana Carlota Pérez que los últimos 240 años han dado cinco revoluciones tecnológicas. El punto es el brevísimo espacio en que hoy se precipitan y el desafío inmenso que eso representa para las políticas públicas y muy especialmente para las políticas en materia de ciencia y educación.

Para ponerlo aún más complejo: a la dimensión y al vértigo del desarrollo y la innovación, debemos sumarle un factor clave: la avalancha y el acceso masivo a los datos en tiempo real. Nos dice Santiago Carbó, catedrático de Economía de la Bangor University, “esa es la diferencia: no es este un proyecto, proceso o innovación tecnológica simple. De hecho, se está gestando desde hace años, con la informatización de procesos primero, y con internet después. Ahora lo que ocurre es que todos esos avances tecnológicos se están democratizando y eso lo hace global, poderoso y, en muchos aspectos, aún

incierto sobre quién ganará en cada sector, con qué tecnologías y con qué avances”.

Las consecuencias del vértigo contemporáneo no son menos desafiantes. La sociedad del conocimiento demanda estridentemente al mercado del trabajo y a los modelos educativos. Hay un consenso bastante general en la educación, deberá redimensionarse. Formar niños y jóvenes desde su criticidad, educarlos para ser capaces de generar las preguntas, no ya de conocer (o memorizar) las respuestas.

Educar desde un modelo de colaboración y no ya de dirección y control. Tomadores de decisiones, capaces de autonomía. El punto es el “cómo”. Cómo se recorre el camino que nos lleve como sociedad local o global, hacia nuevas formas de educación y de empleo.

Toda esa tarea es impensable fuera de marco de la ayuda, la cooperación y de relaciones internacionales sólidas. Requerimos de institucionalidad internacional madura y de vínculos de confianza que nos permitan aprender de otras experiencias, recoger las mejores prácticas, crecer en el intercambio.

Estamos todos a prueba como sociedades y como responsables públicos. La nueva revolución “traccionada” por el mundo de las TIC`s, barajará y dará de nuevo. Las piezas del puzzle del mercado del trabajo están ya reacomodándose en otro dibujo, mientras acá debatimos qué significa cabalmente eso. Evidentemente los próximos años demandarán nuevos profesionales, formación multidisciplinaria, carreras y capacitaciones que hoy ni siquiera existen, pero requerirán sin duda de mucho menos mano de obra. Para eso hay que educar, prepararnos, y sobre todo, dialogar, desalambrar los círculos y transnacionalizar las políticas.

Hay un estudio de enero de 2016, generado por El Foro Económico Mundial que demuestra que las especialidades más demandadas por muchos sectores, ni existían hace una década. Dice el mismo informe: “alrededor del 65% de los niños que están hoy en la escuela primaria, terminará dedicándose a disciplinas que hoy todavía ni se imaginan”.

En otras palabras, es inmensa la tarea que nos interpela y muy breves los tiempos de reflexión y ejecución.

¿Cómo estamos en Uruguay?

Me gustaría compartir con ustedes de qué manera un país de las características de Uruguay, ha dado cuenta de ese conjunto de cambios que describíamos y ha procurado dar un nuevo sentido a las políticas de ciencia, tecnología e innovación como un vector determinante a la hora de contribuir a los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS).

Una rápida lectura de los indicadores nacionales a la luz de los desafíos que compartíamos, trasluce cuánto se ha avanzado, pero también, los enormes retos que enfrentamos.

Un balance debe tener perspectiva histórica, compararse en una línea de tiempo para saber qué se logró y qué no. En términos de desigualdad, podemos medirla no solo en índice *Gini*—que bajó—, sino también por el cociente entre el 20% más rico y el 20% más pobre, en este caso, de 2006, entonces era 9 veces y media y hoy es seis veces. Esto es, no sólo crecimos sino que generamos mayores condiciones de igualdad.

En cuanto a la mortalidad infantil pasamos de 13,66 por mil nacidos vivos en 2004, a algo más de 7 por mil. Finalmente tomando otro indicador contundente, la protección social llegó al 99%.

El camino escogido por Uruguay ha sido abrirnos al mundo, intentando adecuar la matriz productiva a los desafíos de la sociedad del conocimiento y la información a la cual aludíamos previamente. En el mismo sentido, se vienen procesando cambios institucionales y culturales orientados a participar activamente de un mundo cada vez más global, más interconectado y más diverso.

En el año 2005 Uruguay tomó un conjunto de medidas sustantivas en materia de ciencia, tecnología e innovación:

- a) Generó un debate interpartidario que cristalizó en un nuevo marco legal unánime.

- b) Trazó un plan nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación.
- c) Creó una institucionalidad para llevarlo a cabo y ocuparse de la promoción de la investigación y la innovación, la Agencia Nacional de Investigación e Innovación.
- d) Dotó estas definiciones de un presupuesto específico, significativo en términos absolutos y sostenidos en el tiempo.

No obstante, este conjunto de políticas que describíamos, adolece –en materia de cooperación internacional- de la misma dificultad que enfrentan todos nuestros países: el aislacionismo en el cual se generan y ejecutan todas las formas de cooperación en ciencia, tecnología e innovación, siempre en paralelo a todos los esfuerzos de la cooperación global.

Promover un entorno habilitante para la educación, la ciencia, la tecnología y la innovación, como herramientas insoslayables para el desarrollo sostenible a escala global, requiere de consensuar una nueva dimensión de la cooperación internacional, y en particular, la asistencia oficial para el desarrollo.

La cooperación internacional se ha venido transformando. Durante décadas el concepto de “desarrollo” era idéntico a “crecimiento económico”, hoy en día, a partir de la aprobación de la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible, hemos superado este concepto. Hemos consensuado la noción de “desarrollo sostenible” como fenómeno multidimensional y global, cuya consecución es tarea de todos.

El “desarrollo sostenible” requiere de capacidades, conocimientos y tecnologías que permitan transformar la forma en que vivimos, producimos, consumimos y nos vinculamos con el medio. La educación, la ciencia, la tecnología y la innovación son factores clave en esa construcción. En este punto, los países en desarrollo tienen una brecha tecnológica de conocimientos y capacidades que la cooperación internacional está llamada a acortar.

Pero la evolución del concepto de Cooperación Internacional es aún insuficiente. El criterio vigente para la graduación de la Ayuda Oficial al Desarrollo (AOD) del comité de Ayuda al Desarrollo (CAD) está basado únicamente en el nivel de renta per cápita de los países y responde al paradigma anterior de desarrollo como crecimiento económico. Esto no se corresponde con la heterogeneidad del mundo en desarrollo ni con los supuestos implicados en el paradigma de la sostenibilidad, ni contempla los niveles de desigualdad al interior y entre los países. Parece imprescindible generar nuevos indicadores para la medición del desarrollo sostenible de los países.

Desde Uruguay, creemos necesario pasar del enfoque de “graduación” de los países en desarrollo a partir de un umbral arbitrario de renta per cápita, a un enfoque de “graduación” por el cual todos los países en desarrollo puedan acceder a una batería adecuada de instrumentos para construir las capacidades necesarias para su desarrollo sostenible.

Ellos, a su vez, permitirán el establecimiento de un sistema de cooperación internacional integral y equitativa, basado en la solidaridad de todos los países en la medida de sus posibilidades y capacidades, entendidas más allá de su ingreso bruto promedio.

En el caso de Uruguay, aún después de una década de crecimiento sostenido, de indicadores como los que compartíamos al principio; conserva brechas estructurales y vulnerabilidades por superar. Este desafío se intensifica en el actual contexto de sesgo recesivo que se está instalando en la región, que interpela los avances alcanzados que describíamos.

Nos preocupa especialmente el criterio de medición y la etiqueta de renta alta, dado que en Uruguay la cooperación internacional al desarrollo ha realizado y realiza un aporte estratégico al fortalecimiento de las capacidades para el diseño y la implementación de políticas públicas de calidad a nivel nacional y local, la promoción de los derechos humanos de todas las personas y la protección del medio ambiente.

En resumen:

- El vértigo con que se ha instalado la nueva disrupción tecnológica, así como los cambios que representa en materia de educación, empleo y desarrollo científico, nos interpela como hacedores de políticas, poniendo a prueba nuestra capacidad de reinventarnos.
- Dar cuenta de esa responsabilidad histórica nos pone a prueba como país, pero más aún nos desafía como protagonistas de políticas globales. La dimensión internacional del nuevo paradigma es más insoslayable que nunca.
- Creemos que la cooperación internacional debe jugar un rol estratégico en la transición de Uruguay hacia un modelo de desarrollo sostenible, complementando los recursos nacionales a través del fortalecimiento de capacidades, la transferencia de tecnología, los programas de cooperación regional, la cooperación triangular y las becas, convenios y programas de cooperación científica en áreas críticas.
- Advertimos los avances que ha dado la noción de cooperación, trascendiendo la cooperación asistencial, involucrando los actores locales, superando el modelo de recetas trasladadas literalmente. Reconocemos y apoyamos la evolución de cooperación para el crecimiento económico hacia una cooperación para el desarrollo sostenible.

No obstante ello, aún tenemos grandes desafíos como país y como comunidad internacional:

- Continuar abogando por una cooperación en clave de autodeterminación de las partes, con un real involucramiento de los interesados, que permita generar verdaderos modelos de desarrollo, incorporando las mejores prácticas, pero dando cuenta de la compleja realidad local.

- Integrar la cooperación internacional en materia de educación, ciencia, tecnología e innovación al concierto de la cooperación global, superando los compartimentos estancos.
- Finalmente y de inmensa relevancia: ser capaces de aprender con criticidad. En pocos años tendremos que respondernos si hemos sido capaces de generar condiciones de resiliencia en nuestras sociedades, si las transformaciones han sido de verdad estructurales y permanentes, o si solo hemos logrado avances en la coyuntura, fácilmente abatibles por períodos no tan venturosos.
- En nosotros radica la responsabilidad de respondernos esas interrogantes, de mejorar la herramienta, de volverla más compleja y más justa y en definitiva, de generar las condiciones de contribuir en forma colectiva al desarrollo de una ciencia, tecnología e innovación cooperativa y al servicio de nuestros pueblos.

Volviendo al principio, el próximo trienio será más decisivo que los 50 años anteriores.

Tenemos una ventaja esperanzadora sobre las civilizaciones clásicas que buscaban la sabiduría en el pasado, el Renacimiento nos ha heredado la noción del futuro. Somos la primera generación que espera del futuro respuestas, y construye las interrogantes en presente.

Estar a la altura solo será posible en clave de asociativo, intercambio internacional y reflexión colectiva.

En nosotros está seguir generando espacios como este no solo a nivel analítico, sino capaces de articular cambios reales.